

Caballero Victorioso

¡Por la rectitud de Dios! Si un hombre, completamente solo, se levanta en el nombre de Bahá y se pone la armadura de Su amor, el Todopoderoso le hará victorioso, aunque se juntaran contra él todas las fuerzas de la tierra y del cielo.

(Bahá'u'lláh, TPD, pág. 5)

Ellos trabajarán incesantemente, de día y noche; no harán caso de aflicciones ni de infortunios; no se permitirán tregua en sus esfuerzos, no buscarán descanso, desestimarán toda holgura y comodidad y, desprendidos e impolutos, consagrarán cada fugaz momento de sus vidas a la difusión de la fragancia divina y a la exaltación de la santa Palabra de Dios...

Estoy esperando, esperando ansiosamente que aparezcan estos seres santos; y, sin embargo, ¿cuánto más demorarán en llegar? Mi oración y mi ardiente súplica, al anochecer y al amanecer, es que estas estrellas radiantes derramen pronto su luminosidad sobre el mundo, que sus sagrados semblantes sean descubiertos a los ojos mortales, que las huestes de asistencia divina alcancen su victoria, y que las olas de la gracia, levantándose desde sus océanos de lo alto, se derramen sobre toda la humanidad.

(‘Abdu’l-Bahá, SEAB, pág. 254-255)

Las triunfantes huestes del Concurso Celestial, formadas y en orden de batalla en los Reinos de lo Alto, permanecen listas y expectantes para ayudar y asegurar la victoria de ese valiente caballero, quien espolea confiado a su corcel dentro del ruedo

del servicio. Bienaventurado ese intrépido guerrero, quien armado con el poder del verdadero Conocimiento, se lanza al campo de batalla, dispersa a los ejércitos de la ignorancia y disgrega a las huestes del error, sosteniendo en alto el Emblema de la Guía Divina, y haciendo sonar el Clarín de la Victoria.

(‘Abdu’l-Bahá, SEAB, pág. 267)

El individuo debe llegar a ser como una caña, a través de la cual el Espíritu Santo pueda descender, para vivificar las almas.

(Shoghi Effendi, Luces de Guía, pág. 718)